

1

La primera nevada del invierno comenzó al anochecer. Había sido una jornada relativamente cálida, como si el verano hubiese cambiado de idea, en Macedonia, para alargarse indefinidamente, pero al apagarse las últimas luces mortecinas del crepúsculo, el viento procedente del mar se hizo frío y no tardaron en caer los sordos copos de nieve con furia desordenada en las sucias calles de Pela. La gente se quedaba mirando atemorizada la nieve desde las puertas de las casas, aunque nadie hablaba de un mal presagio. Los dioses eran caprichosos en aquella zona tan al norte, y no era la primera vez que se daba el fenómeno.

Al cabo de una hora, una capa de casi tres dedos cubría el patio del palacio del rey Amintas, y a medianoche todo se hallaba plácidamente cubierto de blanco. Era como si todo ajetreo humano hubiese concluido al ponerse el sol.

Mas sólo era una apariencia, pues en palacio no reinaba tanta calma. En los aposentos de las mujeres, Eurídice, la primera consorte del rey, ahogaba sus gritos en el trabajoso parto de su cuarto hijo, y en el salón principal el rey y sus allegados bebían vino sin aguar, entre risotadas que hacían retumbar las paredes.

No habría menos de un centenar de nobles, cuyos duros rasgos faciales acentuaba la luz trémula de las antorchas, riendo, gritando y dando manotazos en las mesas de caballete, que no parecían dispuestas con arreglo a ninguna geometría determinada y que, sin embargo, respondían a un estricto orden de importancia. Eran los hombres que en la batalla rodeaban al rey protegiendo su vida con las suyas, y, efectivamente, aquel jolgorio parecía una especie de batalla cuyo fragor resonaba en los muros.

Un hombre hizo su entrada en el salón del banquete; no era de imponente figura como los otros, pero tampoco se trataba de un criado. El recién llegado miró en derredor como quien asiste a una catástrofe. En su túnica, e incluso en su breve barba blanca, se veían manchas de sangre. Era Nicómaco, físico y amigo íntimo del rey.

Al llegar a la camilla de Amintas, se inclinó a decirle algo y un tenso silencio se hizo en el salón.

—Señor...

El rey, con la piel en torno a los ojos arrugada y agrietada como la de una antigua máscara de cuero, parpadeó sorprendido y luego pasó un brazo por los hombros del físico para acercarlo a él, un gesto amigable de beoda campechanía.

—¿Qué sucede, Nicómaco? ¿Vienes a decirme que los viejos debemos saber cuándo tenemos que irnos a la cama?

Y lanzó una risotada, que interrumpió para pasar la palma de la mano por la barba del físico y mirarse la sangre.

—¿Así que ha habido dificultades...? ¿Ha muerto?

—Vive, señor, y el niño también. Pero no sé si aún seguirán con vida mañana.

Amintas, que quizás no estuviera tan ebrio como aparentaba, se le quedó mirando fijamente un instante. Eran muchos años de mutuo conocimiento, desde que el rey había marchado al exilio, cuando los ilirios le habían obligado a abandonar temporalmente sus tierras, haciéndole vivir entre extranjeros. Nicómaco era persona de confianza; un hombre que no hablaba sin razón.

—¿Es varón?

—Sí, señor. Un hijo.

—Mejor será que vaya a ver.

Se levantó y saltó por encima de la mesa como si hubiese sido un tronco, dejando caer al suelo de piedra la copa de vino y el plato de carne asada con su impaciente gesto.

—No os alarméis, compañeros y hermanos —gritó, con sonrisa radiante—. Continúad con la fiesta, que no tardaré en volver con vosotros. Me reclama una cuestión sin importancia, un simple contratiempo de la vida conyugal.

Mientras la concurrencia reía, él se acercó a dos hombres tumbados en camillas próximas a la suya.

—Primo Tolomeo, y tú, Lukio, acompañadnos. El nacimiento de un príncipe es un acontecimiento y no quiero privar a mi hijo de la pleitesía de sus subditos, aunque mañana haya muerto.

Tolomeo fue el primero en levantarse. Era guapo y alto, con una barba negra reluciente que no ocultaba una leve sonrisa fingida. Tenía aspecto de favorito, y el rey, que no parecía tenerse bien en pie, le permitió que le sujetara como a un niño que aprende a andar. Lukio, un simpático don nadie de rostro reluciente y rosado como una manzana —señal inequívoca de rancio linaje—, les siguió dos pasos más atrás.

El pasillo que conducía a los aposentos de las mujeres estaba tan oscuro y falto de aire como una cripta. Amintas cogió una antorcha para alumbrarse, pero la llama parecía encogerse; la adelantó estirando el brazo como si tratara de repeler a la oscuridad, pero era más el hábito el que guiaba sus pasos que la luz de la antorcha.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió en un susurro, tocando casi el hombro con la barbilla al volver la cabeza hacia Nicómaco—. ¿Qué ha ido mal? Es una mujer fuerte...

Nicómaco meneó la cabeza aunque no se lo negase.

—Puede que sea la edad y el hecho de que este parto haya venido tan seguido al anterior. Aparte de las complicaciones... ha sido trabajoso y el niño salió enredado en el cordón umbilical. Lo tenía aplastado; así que no sé cuanto tiempo habrá estado sin nutrición materna.

—¿Lo había aplastado? ¿Pero eso es posible?

—Todo lo que sucede es posible, señor —replicó el físico con una tensa sonrisa—. Vuestro hijo no parecía muy decidido a nacer.

—Habiendo cinco pretendientes al trono por delante de él, no se lo reprocho.

Amintas se concedió una breve carcajada, como si de pronto se hubiese dado cuenta de la gracia, y volvió a adoptar un gesto grave.

—Pero es extraño que haya aplastado el cordón umbilical. Nunca había oído nada semejante.

—Quizás sea un presagio —comentó Lukio con cierto entusiasmo—. Señor, tal vez debáis consultar a Delfos.

—Sí., a saber si la casa de los argéadas no ha engendrado un nuevo Heracles.

Tolomeo se echó a reír para mostrar su desdén por aquella ocurrencia.

—No se debe despreciar a los dioses —añadió Lukio con una voz que daba a entender que no deseaba precisamente que nadie le oyera.

Amintas le conminó a callar con gesto imperioso.

—Pero el oráculo no suelta su lengua sin una recompensa de varios talentos de oro —dijo—. Y luego, la pitonisa da una respuesta enrevesada que no produce más que quebraderos de cabeza. Además, aunque sus profecías fuesen tan claras como sus meados, qué duda cabe de que el destino de un sexto príncipe real ha de ser más que anodino. No merece la pena empobrecerse por averiguarlo.

—En cualquier caso, si es un Heracles capaz de estrangular ser-

pientes en la cuna, no está nada mal que haya comenzado con un símil en las entrañas de la madre.

Sólo Nicómaco no secundó la carcajada del rey. Por el contrario, miraba fijamente y muy serio los restos de sangre seca en sus manos.

La cámara del parto era pequeña y no había en ella más que una lámpara de aceite que, con su llama temblona, daba una luz tenue en las paredes. El olor a sangre y sudor era tal que impedía respirar. La reina Eurídice yacía en su lecho con los senos tan inmóviles bajo la sutil túnica que por un instante dudaron si aún alentaba la vida en ella. Hasta su pelo oro rojizo había cobrado un color de hojas muertas. Su belleza, que otrora había encendido la febril lujuria del rey, no era ya más que una pálida sombra.

Habían enjugado el sudor de su frente y brazos, tan inermes y amarillos como la cera vieja; sólo conservaba un reflejo de vida en sus ojos, que, como los de un perro, inmediatamente buscaron el rostro de su amo y en él se quedaron clavados como movidos por la intimidad de un odio pertinaz. Amintas ni la miró.

—¡Uf! —exclamó, meneando la cabeza asqueado—. Desde luego es una bendición de los dioses no haber nacido mujer. Parece un campo de batalla... antes de retirar los cadáveres. Huele mejor en mis perreras.

Despidió con un gesto a las damas de compañía, quienes se apresuraron a dirigirle una reverencia y a desaparecer sin más. El rey miró en derredor, sin aparentemente ver la cuna que había en un rincón, y sólo después de no hallar nada que mereciese su interés, dirigió sus ojos al cuerpo yacente en el lecho.

—Has tenido un parto duro, esposa —dijo con frialdad—. ¿Virás o no?

Ella no contestó —se notaba que no tenía fuerzas—, pero siguió mirándole con la hostilidad alerta de un animal.

Nicómaco se inclinó sobre ella y le puso las yemas de los dedos en la garganta.

—Eso está en manos de los dioses, señor. Ahora, al menos, el pulso es más fuerte; así que tal vez haya cesado la hemorragia.

—¿Y mi hijo?

Un angustioso gesto de asco surcó el rostro de la reina Eurídice, como un súbito dolor, y por primera vez sus ojos fueron del rostro del rey hacia el oscuro rincón en que estaba la cuna.

Amintas, siguiendo su mirada, se acercó a la cuna.

—Este niño está muerto —dijo sin aparente emoción—. No, me he equivocado; es que estaba dormido. Ahora se mueve.

Se puso en cuclillas y cogió al niño con ambas manos. Tolomeo y Lukio se acercaron a mirar, al tiempo que el recién nacido rompía a llorar con todas sus fuerzas.

—¿Qué opinas, físico? ¿Vivirá mi hijo?

Nicómaco lo cogió en silencio de los brazos del padre, lo acercó a la lámpara de aceite y, a la trémula luz amarillenta, puso la punta del dedo en la boca del recién nacido para que lo chupara, haciéndole callar.

—Hace una hora no lo habría afirmado —contestó finalmente—. Pero creo que sí que saldrá adelante.

—Señor, debéis, pues, darle un nombre.

Tolomeo miraba a la reina Eurídice, cual si se lo hubiese dicho a ella en vez de al rey, sonriéndole como hace el hombre que descubre algo que le complace.

—Claro..., un nombre —repitió Lukio.

—Primo, ¿se te ocurre alguno?

Al oír la voz del rey, Tolomeo volvió hacia él la vista sin dejar de sonreír.

—Filipo, señor. Si el nombre tiene algún poder, podría ser un buen comandante de caballería.

Amintas rio, asintiendo con la cabeza.

—Sí —dijo—. Además, servirá para recordarle las pocas posibilidades que tiene de acceder al trono, pues hará trescientos años que no ha habido un rey con ese nombre. De acuerdo, le llamaremos Filipo.

—Más necesita de un ama de cría que de nombre.

Nicómaco, con el niño aún en brazos, se acercó al lecho, pero se detuvo cuando, con gesto casi de horror, la reina Eurídice volvió la cabeza.

—Alcmena, la esposa de vuestro chambelán, dio a luz hace dos días un niño muerto y tiene mucha leche —añadió, sacando el dedo de la boquita del niño, pues el nuevo príncipe de Macedonia había vuelto a quedarse dormido.

—Creo que la reina Eurídice está demasiado débil para...

—Lo que tú creas más conveniente —respondió Amintas, mirando al niño y encogiéndose de hombros—. Dáselo a la mujer de Glaukón. Bien saben los dioses que la madre de poco va a servirle... ni ahora ni después.

El rey y sus acompañantes regresaron al gran salón y las damas de compañía de la reina volvieron discretamente al cuarto. Nicómaco se quedó con ellas vigilando una hora más hasta que vio que sus servicios eran innecesarios, tras lo cual se llevó al real vastago.

—Vamos a ver al chambelán, príncipe —musitó al dormido infante—. Lo único que te hace falta es un buen par de tetas bien llenas. Ya verás como de momento te va bien.

De momento sí, pensó. ¿Pero qué sucederá dentro de unos años? El físico abrazó al pequeño, como si acabara de echar una maldición.

Aunque aún era joven, Glaukón era mayordomo real desde hacía tres años. Era un cargo heredado del padre, cuyos antepasados habían servido a los reyes de Macedonia desde la época del primer Alejandro, más de cien años atrás. No habría podido pensar en ningún otro destino, pues la lealtad a la casa de los argéadas y la obediencia al rey le resultaban tan naturales como el respirar. El rey confiaba totalmente en él y Glaukón lo sabía, y aquella confianza era su orgullo, por el simple hecho de que ningún cortesano, ni aun los nobles más allegados al rey Amintas, a quienes él llamaba «primo» y «amigo», gozaban de mayor confianza que él, el humilde servidor, que contaba las ánforas de vino, mandaba en los esclavos de palacio y acudía dos veces por semana al bazar para sentarse bajo un toldo, con la bolsa del rey en las rodillas, y regatear con mercaderes y granjeros.

Así, mientras que otro se habría hecho mil angustiosas cabalas preguntándose si no le sacarían de la cama en plena noche por haberse descubierto al fin algún delito oculto, temiéndose llegada su última hora, Glaukón simplemente se restregó los ojos y se vistió. Apenas dio en pensar de qué podría tratarse a aquella hora; lo que fuese tendría que esperar y él lo trataría a su debido tiempo. Él era un hombre honrado totalmente entregado a su cargo y no sentía temor alguno.

Además, una gran pena obnubilaba su mente y no había lugar para temores.

El enviado, un paje del rey, un niño de unos diez años, que parecía también recién levantado a la fuerza, únicamente le había dicho que le esperaban en la cocina. Sería sin duda algún contra-tiempo con una criada —siempre había problemas con las cria-

das—, pero no se preocupó por lo que pudiera ser ni se le ocurrió pensar por qué no habían podido esperar hasta la mañana siguiente.

Se le había olvidado el parto de la reina. O quizás lo hubiese desechado de su mente, pues en aquellos momentos el hecho dramático del parto no era asunto que le complaciese precisamente, pues no quería pensar en su propio hijito, que no había vivido ni para dar el primer vagido, y cuyo cadáver habían hecho desaparecer en la negrura de la noche como algo impío. Apenas se habían enfriado las cenizas de la pira funeraria, y la madre —la dulce Alcmena, tan afligida por haber perdido un niño que ya no podría apretar contra su pecho— no dejaba de llorar. Había veces en que la vida era más amarga que la muerte.

Glaukón vivía fuera del recinto de palacio, en un barrio de la ciudad propiedad del rey y construido cuando Arquelao, muerto ya hacía casi veinte años, había trasladado la capital de Egas a Pela. Tener derecho a vivir en una de aquellas casas, más espaciosas y de mayor intimidad que la vivienda a que podía aspirar un servidor en palacio, era un gran favor real, pero ese honor le pareció desvanecerse aquella noche de invierno en que las calles aparecían blancas de nieve. El mayordomo real maldijo el tiempo y habría maldecido hasta al viejo Arquelao, de haber sido aquello verosímil y de no habersele ahorrado los dioses dejando que el rey cayera por mano de un asesino sin que tuviese un hijo de edad para reinar, por lo que desde entonces no había habido más que desórdenes y traiciones, a los que ni en el reinado de su señor Amintas —ya en su décimo año— se había podido poner coto. Quizás hubiese sido una impiedad abandonar Egas, ya que allí estaban enterrados todos los reyes, hasta el mismo Arquelao. A Glaukón, en aquel momento, pisoteando malhumorado la nieve amontonada con sus pies calzados con sandalias, no le habría costado mucho convencerse de que vivía en una época perversa y sacrilega.

El fuego de la cocina estaba ya más que apagado, pero aún se notaba el calor. Habían dejado un brasero encendido y Nicómaco, el físico del rey, estaba sentado junto a él, con la cabeza apoyada en una mano, como si contemplase las minúsculas llamas que brotaban esporádicamente entre las brasas. Enfrente del brasero, en un banco en el que había una copa de vino, estaba sentada una vieja con un bulto en los brazos, moviendo imperceptiblemente los labios, como entregada a una profunda meditación. Era Yocasta, natural de una remota aldea de la montaña y criada en la casa real

desde tiempos inmemoriales. Ni siquiera alzó los ojos al entrar Glaukón, y prosiguió musitando sordamente. Habría hecho igual de haber entrado el rey Amintas, pues Yocasta era demasiado anciana para mostrar respeto a nadie.

Transcurrió un buen rato antes de que Glaukón advirtiera que el bulto era un niño, un recién nacido con apenas unas horas de vida. El corazón estuvo a punto de saltarle en el pecho.

—La reina Eurídice ha dado a luz un niño —dijo Nicómaco con voz pausada—, pero no puede amamantarle. Ha sido un parto muy complicado, para él y para la madre.

Y se puso en pie, cual si hubiese estado aguardando toda su vida para decir aquello.

—Glaukón, entrégaselo a tu esposa y que ambos se consuelen.

Los dos hombres intercambiaron una mirada y Nicómaco dio media vuelta y comenzó a caminar por el pasillo que conducía al gran salón, desapareciendo casi de inmediato en la oscuridad. Glaukón se puso en cuclillas al lado de Yocasta y alargó la mano para apartar la piel de cordero del rostro del niño.

El hijo del rey seguía dormido; cubrían su cabecita unos mechones de pelo negro, y su cara redonda de párpados hinchados le confería aspecto de profunda meditación.

«Y que ambos se consuelen». Glaukón pensó que el físico era compasivo y sabio.

—¿Cómo se llama?

Yocasta alzó los ojos con el ceño fruncido, como molesta por la intromisión.

—Filipo —contestó, finalmente—. «Amante de los caballos». Tal vez nuestro señor Amintas quiera destinarle a mozo de cuadras. Mejor estaría.

Apretó al niño contra su pecho y miró fijamente las llamas del brasero que temblaban con lentitud líquida. Lo que vio en ellas no pareció complacerla, pues las arrugas de su rostro marchito adoptaron una expresión entre lastimosa y atemorizada.

—Ha llegado al mundo tratando de romper el cordón que le unía a su madre. ¿Lo sabías?

Glaukón se contentó con menear la cabeza. Las viejas hablaban a veces en plan profético, pero no estaba muy seguro si era prudente hacerles caso. Desde luego, lo mejor era no preguntar nada.

—Creo que ha hecho muy bien —prosiguió la anciana—, pues madre e hijo vivirán como enemigos hasta que uno le traiga la ruina

al otro. Fíjate cómo han empezado; él casi la mata al nacer y la reina, de haber tenido fuerzas para hablar, le habría maldecido nada más salir de sus entrañas. Más veneno no podría haber tenido en su vientre que si sus tripas hubiesen sido víboras. Ella es una lincesta de las montañas y sabe odiar.

—Tú también lo eres, ¿verdad, Yocasta?

Sin quitar los ojos del niño, la anciana asintió despacio con la cabeza, sonriendo levemente, como agradeciendo un cumplido involuntario.

—Sí, y por eso la comprendo. Y además sé que no hay destino más terrible que la maldición de una madre, aunque no tenga aliento para proferirlo.

Durante un buen rato, la anciana no dijo nada; apartó al niño de su regazo y se lo entregó a Glaukón. El último retoño del rey Amintas se rebulló un poco y abrió los ojos para volver a quedarse profundamente dormido.

—Llévatelo —dijo la vieja—. Verlo me oprime el corazón, pues sé que derramarán su sangre por traición.

El mayordomo del rey regresó a su casa aquella noche fría y desierta, con la real carga contra su pecho. La ventisca había cesado de repente y el suelo era de una blancura inmaculada bajo la luz de la luna. Hasta el aire había adquirido una claridad extraterrena que dejaba ver todo cual si fuera la luz del día.

Glaukón pensó en la cara que pondría su esposa cuando la sacase de su torturado e inquieto sueño y pusiera en sus brazos al niño arropado en la piel de cordero.

«Devuelvo nuestro hijo a tu pecho —pensó, sabiendo que eran las palabras que no podría pronunciar—. Nuestro hijo...».

Se detuvo un instante —no podía hacer otra cosa, pues casi le cegaban las lágrimas— y alzó la vista al cielo oscuro para agradecer a los dioses su misericordia.

Sobre su cabeza, al Oeste, centelleaba la constelación de Heracles.

—Heracles... —brotó de sus labios sin apenas darse cuenta—. También esto es una profecía —musitó—. Quizás, mi pequeño príncipe..., hijo mío, tu destino no sea tan anodino después de todo.

2

El corcel tenía dieciocho manos de altura y era salvaje como un diablo. Los músculos bajo su piel negra y suave se abultaban y estremecían mientras trotaba de arriba abajo dentro de la recia cerca de madera, levantando tierra con sus cascos y buscando por dónde escapar. Ya se había percatado de que no había escape, pero la furia no le dejaba estarse quieto.

—Es muy buen caballo, ¿verdad? —dijo Alejandro, príncipe heredero de Macedonia, mirando al animal, apoyado en la cancela.

Era un joven alto y rubio de belleza casi sobrenatural, y su porte sugería la gracia animal congénita del guerrero. Miraba al semental con sus ojos azul claro, unos ojos rapaces que reflejaban una extraña mezcla de admiración y envidia, cual si el noble bruto fuese a la vez su presa y su rival.

—Lo encontramos en las praderas orientales, con una manada de yeguas para él solo. Antes de que lográsemos capturarlo rompió de una coz la pata de un caballo y casi mata al jinete.

El príncipe se volvió hacia los que le acompañaban y detuvo la mirada en sus dos hermanos más pequeños. Pérdicas, el mayor, que ya mostraba una pelusilla cobriza en el mentón, bajó la vista de inmediato, haciendo que Alejandro sonriese de un modo que habría podido ser afecto pero que lo más probable era que fuese desdén.

—Pérdicas, ¿qué dirías si te regalase este magnífico animal? ¿No valdría la pena correr cierto peligro? Te lo regalo si consigues montarlo hasta contar diez.

Pero Pérdicas, que, a pesar de su incipiente barba, no era más que un niño, meneó la cabeza sin osar mirar a su hermano a la cara.

—¿Es que piensas vivir eternamente?

Todos los jóvenes fuertes y valerosos amigos de Alejandro se echaron a reír y el jovencito enrojeció avergonzado.

—Nuestro hermano Pérdicas es bastante buen jinete —dijo el más pequeño de los hijos del rey Amintas, con voz aún atiplada de niña—, pero no para probar con un caballo salvaje... y menos ése; y no es tan tonto como para romperse la crisma porque le hayas

provocado. De todos modos, si el caballo no lo quieres para ti, regálame en iguales condiciones.

Filipo miró a su hermano mayor como un hombre que mira al sol. Hasta entornaba los ojos, y su sonrisa dejaba ver unos dientes blancos y uniformes en un rostro que irradiaba fuerza e inteligencia más que belleza. Admiraba como nadie a Alejandro, pero no por eso se dejaba intimidar.

Su actitud era tan evidente que Alejandro no pudo por menos de echarse a reír.

—Hermanito Filipino, «amante de los caballos» —dijo poniéndose las manos en las rodillas y agachándose un poco, cual si hablase con un niño muy pequeño—, aunque yo mismo te monté en un caballo antes de que supieras andar, sé que ese demonio negro te tirará enseguida.

El muchacho se volvió a mirar al caballo, que por un instante agachó la cabeza y luego se encabritó como lanzando un desafío.

—No seas loco —musitó Pérdicas, con voz profunda de temor, cual si pensase que el caballo pudiera oírle—. Filipino, ese caballo es un asesino. Alejandro —añadió, volviéndose hacia su hermano mayor casi enojado—, no sigas con esta locura. Si provocas su temeridad, tus manos se mancharán con la sangre de Filipino igual que si lo hubieras matado.

Todos se echaron a reír, Alejandro incluido, pese a que su carcajada transparentaba inquietud. Pero quien más rio fue Filipino.

—Tiene razón, Filipino. Yo mismo dudaría...

—Pero yo no —replicó el hijo menor de Amintas con expresión decidida e imperiosa—. Quiero ese caballo, hermano. ¿Te echas atrás en lo dicho? Pues será que me crees tan cobarde como tú.

Se hizo un súbito y tenso silencio. Tan sorprendido estaba Alejandro que ni siquiera dio muestras de cólera; era como si acabara de recibir un mazazo.

En ese momento, uno de sus amigos, un joven llamado Praxis, le puso la mano en el hombro.

—Vamos, Alejandro, sé razonable —dijo con voz tranquila y conciliadora, como quien habla a una mujer apenada—. No te dejes arrastrar a esa locura porque un niño te insulte. Dale una zurra por descarado si quieres, pero déjalo de una vez.

Alejandro le apartó de un manotazo.

—No. Lacead al caballo y que mi hermanito Filipino cumpla su deseo. Ahora veremos, «amante de los caballos»... ¡Que se mate si quiere!

Alzó la mano lleno de impaciencia y volvió a bajarla.

—¿Tendré que hacerlo yo? —gritó, dirigiéndose hacia la cerca como si realmente fuese a entrar—. ¡Echadle inmediatamente un lazo para que Filipo el semidiós lo monte!

Hizo falta casi un cuarto de hora para lacear al caballo salvaje, y fue necesaria otra cuerda para inmovilizarlo y que dejase de encabritarse y lanzar coces a sus captores. En otro caballo, esa violencia no habría sido más que indicio de simple pánico, pero aquél era como si bullese de furia y de deseos de venganza.

—Bien, «amante de los caballos», ahí lo tienes. Que lo disfrutes.

Alejandro sonrió aviesamente a su hermano pequeño, quien en aquel momento sintió una especie de pena, como si hubiese perdido algo para siempre. El príncipe heredero se lo leyó en el rostro pero lo interpretó equivocadamente.

—Si tienes miedo, dilo. No vamos a tomarte por cobarde.

La palabra picaba como una ortiga, pero Filipo meneó la cabeza.

—No tengo miedo —contestó, saltando la cerca. Dos mozos, con movimientos rápidos y recelosos de quien se sabe en peligro, echaban ya una brida por la cabeza del animal, al tiempo que Filipo se le acercaba despacio de frente hacia la izquierda mientras el caballo le observaba con un enorme ojo furioso, cual si supiera que él era el único adversario que importaba. Relinchó levemente cuando el joven le puso la mano en el cuello.

—Ya está —musitó Filipo, acariciándole el suave pelaje, tan negro que parecía brillar al sol como una piedra preciosa—. No te asustes. Ya verás como nos llevamos muy bien.

El caballo quiso empujarle con la cabeza pero simplemente le rozó el hombro con los belfos, casi como una caricia.

Filipo cogió la riendas inesperadamente y, sin darle tiempo a reaccionar, se aferró a las crines y lo montó de un salto.

—¡Soltad los lazos! —gritó, mientras el animal corcoveaba enloquecido—. ¡Soltadle y apartaos!

No necesitaba repetirlo dos veces. Vio cómo los mozos soltaban los lazos y echaban a correr hacia la cerca, y casi al instante notó que subía y acto seguido sintió como si estuviera suspendido en el aire... Se le había escapado el caballo de debajo.

Volvió a caer con una fuerza que le hizo sentirse como destrozado por dentro, pero logró aferrarse al animal con las piernas y mantenerse montado. Tiró de las riendas para ejercer algún dominio, pero el animal tenía una boca de hierro y el freno no servía de nada.

El caballo se encabritó, pateando el aire y luego coceó de ancas desviando el cuerpo hacia la izquierda, pero ya Filippo le agarraba de las crines, pendiente tan sólo de no caer entre sus terribles cascos. Dos, tres veces se enderezó en el lomo, consciente de que si perdía el equilibrio lo más probable era morir nada más caer a tierra. Y luego...

No acababa de entender qué había sucedido, salvo que caía... Era como sumergirse en un estanque. El caballo dio una coz y un dolor tremendo, semejante a un trallazo de luz ardiente y blanca, estalló en su cabeza. Estiró los brazos para amortiguar la caída y se echó a rodar para apartarse y que el animal no volviese a darle.

Y eso fue todo. Se irguió sentado y miró al sol. Le dolía la cara y notaba que sangraba, pero estaba vivo. Era como si estuviera totalmente solo. Volvió la cabeza y vio al caballo a unos quince o veinte pasos, quieto y tranquilo, sin mirarle. Era casi ofensivo.

Llegó Alejandro corriendo a ayudarlo, pero Filippo le apartó; se puso en pie solo y al cabo de unos segundos estaba convencido de que no volvería a caer.

—Estoy bien —dijo, llevándose la mano a la mejilla. Sangraba por debajo del ojo, pero no era una herida considerable—. Estoy bien. Echadle el lazo, que pruebe otra vez. Esta vez lo domaré.

—Vamos a llamar al viejo Nicómaco a que te atienda —dijo Alejandro, inclinándose para mirar la herida—. A lo mejor te ha roto el hueso...

—¡Alejandro, que laceen el caballo! —gritó Filippo, ahora ya enfurecido y dando una patada en el suelo.

—Filippo, el caballo es tuyo si tanto lo quieres —le contestó Alejandro a voces—. ¿No ves que es un demonio, negro por dentro y por fuera? Suerte tienes de estar vivo. Conténtate con haberme demostrado que eres un hombre.

—¡Pero no se lo he demostrado a él!

Las lágrimas le corrían por las mejillas. Estiró el brazo, señalando al animal, con el puño cerrado y tembloroso, e inmediatamente montó en cólera.

—Que laceen el caballo —susurró—. Que lo hagan, hermano, o lo haré yo. Será un demonio pero no podrá conmigo. Ahora ya conozco sus trucos. Lo montaré.

—¿Tú solo, hermanito? —dijo Alejandro sonriente, pero conteniendo en cierto modo su impaciencia, pues aludía a la historia que siempre contaba el viejo Glaukón de los primeros intentos de

Filipo al dar los primeros pasos, cuando apenas tenía un año, rehusando enfurecido a quienes le ayudaban, chillando con su vocecita ceceante: «Yo solo, yo solo»—. Entonces sólo te caíste de culo, pero ahora te puedes romper la crisma.

—Que lo laceen, hermano.

La sonrisa se borró del rostro de Alejandro. Le bastaba con mirar a su hermano a los ojos para darse cuenta de que era inútil discutir. Alzó una mano, casi encogiéndose de hombros, y dio la orden.

Filipo se sentó en la hierba, tocándose la cabeza, herido en su orgullo, mientras los mozos se llegaban de nuevo al caballo. El animal se había enredado las riendas en las manos, por lo que esta vez no costó tanto lacearlo e inmovilizarlo; además, ya no parecía tan asustado de que se le acercasen, como si estuviese seguro de deshacerse de quien quisiera montarlo.

—Los dioses castigan el orgullo —se dijo Filipo para sus adentros, entornando los ojos levemente para medir la masa dura y negra de su adversario—, pero aún falta saber si son los tuyos o los míos, amiguito.

Se puso en pie y caminó erguido hasta los mozos y el caballo. Nada más hacerles la señal soltaron los lazos y él apretó las piernas contra los costados de la montura, agachándose hasta casi tocar con el pecho las crines. Entre salvajes resoplidos, el caballo volvió a encabritarse y a saltar con toda la fuerza posible de sus cuartos traseros, pero, como Filipo había previsto, cayó con suavidad sobre las patas delanteras. La sacudida hacia la izquierda del animal tampoco le sorprendió y fue como si con aquel movimiento el caballo fuese a recogerle para que no cayera. El animal volvió a encabritarse, relinchando con increíble furia, y se encorcovó de nuevo repetidas veces con más fuerza para liberarse de la carga, pero Filipo supo mantenerse a horcajadas. Finalmente, cambiando de táctica, el caballo se quedó quieto un instante y a continuación comenzó a galopar de arriba abajo dentro del corral.

—Abrid la puerta —gritó Filipo, con voz ahogada casi inaudible—. ¡Abrid la puerta!

Jinete y caballo, cual si se hubiesen fundido en un solo ser, salieron como una exhalación por la puerta del picadero hacia las praderas que se perdían en el horizonte. Y al poco, el ruido de los poderosos cascos no fue más que un sonido difuso, pues el animal

iba a galope tendido como si quisiera reventar. Filipo no había montado jamás un caballo que corriera como aquél. Pero no hay ningún organismo que pueda funcionar sin cesar, y, poco a poco, el caballo fue aminorando la marcha y comenzó a responder a las riendas. Y cuando ya iban poco menos que al trote, Filipo pudo volver la cabeza hacia donde habían salido y comprobó que apenas se veían los tablones del corral.

—Por hoy basta —musitó, acariciando con la palma de la mano el lustroso y sudado cuello del caballo—. Volvamos a casa.

Tiró de las riendas, obligándole a detenerse, y al talonearle los flancos el animal inició la marcha al paso como si estuviese acostumbrado de tiempo atrás a los deseos de su amo.

Alejandro y Pérdicas, rodeados de sus amigos, les recibieron en la puerta del corral. Filipo desmontó de un salto, dio un paso al frente y tendió la mano al príncipe heredero.

—Perdóname, hermano —dijo, mirando a Alejandro a los ojos—. Hablé movido por la ira, la lengua desatada por mi vanidad herida. Y olvidé la justicia que debo a tu probado valor.

Por un instante, Alejandro no supo qué hacer; luego, frunció el ceño como quien reprende a un niño.

—Si te hubieses matado, nuestro padre me habría culpado a mí.

—Si me hubiese matado, nuestro padre el rey apenas lo habría notado.

Con una carcajada de sorpresa, Alejandro pasó el brazo a su hermano por los hombros, al tiempo que el caballo retrocedía y relinchaba como asustado por la sangre.

—¡Mozos —gritó Alejandro—, llevad el caballo del príncipe Filipo al establo y que lo froten bien! Que mi hermano le ha dado una buena tunda.

Todos estallaron en una carcajada. Sólo Pérdicas se abstuvo.

Hasta que no anocheció, cuando el marido de su hija se deslizó cauteloso en su cama, no se enteró la reina Eurídice de la hazaña de Filipo. Se había vuelto de cara a la pared, apretando su espalda desnuda contra el pecho de Tolomeo, y él le susurró el acontecimiento mientras acariciaba los blandos y pesados pechos. Sabía que despertaría en ella aquella profunda cólera, como de alguien que recuerda una antigua injusticia que de algún modo siempre ha quedado encubierta. Ni en el momento en que la penetró pudo saber

si era la pasión u otro sentimiento lo que la hacía jadear, o si para aquella mujer existía alguna diferencia.

Después, durante un largo rato, estuvo callada.

—Ha sido simplemente que un niño ha domado un caballo —dijo él, finalmente—. No se rompió la crisma por casualidad.

—No ha sido por casualidad.

—Claro que sí.

Eurídice se echó a reír. Un sonido lóbrego en aquella oscuridad.

—No digo que no hubiera sucedido de haber sido Alejandro u otro, pero Filipo no morirá si no lo mata alguien.

Tolomeo no contestó. La reina Eurídice estaba otra vez de espaldas y su pelo, color miel vieja, caía en cascada sobre su blanca piel.

No la amaba. Simplemente se valía de ella, pensó. Era la llave con la que un día abriría la puerta del poder. Se dijo que bastaba con que Eurídice le amara, le amara con la pasión ciega y rendida que los dioses otorgan a quienes desean destruir. Pero la aventura había desatado en él una vena de sensualidad que jamás habría imaginado, pues era muy emocionante haber despertado tal deseo en una mujer y más teniendo en cuenta que no había ningún otro rival, pues, salvo él, ni su esposo ni sus propios hijos significaban nada para ella.

Además, aunque había dado a luz varios hijos y casi tenía cuarenta años, aún era hermosa.

Sin embargo, aquella pasión desenfrenada, que se encendía con un simple abrazo, en ocasiones le amedrentaba, pues era peligrosa precisamente por su intensidad.

El rey era viejo..., a punto de morir, se decía. Estaban a salvo de su ira, pero ¿qué le importaba a Eurídice la seguridad? Hacía tiempo que había acogido en sus brazos a Tolomeo, cuando el menor rumor habría significado su muerte, pero su lujuria no conocía freno pese al riesgo.

Al cabo de un rato, en uno de aquellos cambios de humor que la transformaban radicalmente, se volvió hacia él sonriente.

—Cuando te levantes de aquí, ¿irás a la cama de mi hija? —inquirió, como si de antemano supiera la respuesta, como si ansiara el placer mortificante de oírsele decir—. ¿Sabe tu esposa la energía que gastas con el cuerpo de su madre?

Como si fuese un espíritu en pena adverso, el concepto de su esposa penetró en la mente de Tolomeo. Llamada también Eurídice,

y tan distinta a su madre como difícilmente pudiera imaginarse, su mujer era una joven agraciada, tranquila y piadosa que ofrecía a diario sacrificios a Hera, patrona de la vida doméstica, para que le diese un hijo y así ganarse el amor de su esposo. Un hijo; como si eso cambiara las cosas...

—Sí, claro que lo sabe. Ya lo saben todos.

—Menos el rey, a quien le tiene sin cuidado, aunque lo supiera.

Con una estrepitosa carcajada, se echó sobre él decidida a morderle en el pecho. Tolomeo la agarró por los hombros a tiempo de impedirselo. Le habría mordido; no era la primera vez, y guardaba cicatrices de recuerdo.

—Estás loca —dijo subiendo las manos hasta su garganta y pensando en lo fácil que sería matarla. Quizás fuese lo mejor, pensó. Sería la clase de muerte que la complacería—. Eres como un animal salvaje.

—Sí.

—Ya lo creo.

Pero no la mató. Volvió a acometerle el deseo al sentir aquella piel ardiente bajo su tacto. Le asió los pechos, hundiendo en ellos los dedos como si los fuese a desgajar del cuerpo. Pero ella siguió riendo. El dolor la tenía sin cuidado.

Se achuchó más contra él, metiéndoselo debajo.

Cuando acabaron y ella hubo reducido a cenizas su ardiente pasión al extremo de casi dar asco, alargó la mano bajo la cama y sacó dos copas y un jarrito de vino. Sí que tenía sed Tolomeo; notaba la garganta como recubierta de brea. Pero le molestaba que ella lo adivinara.

—Puede romperse la crisma —dijo con cierta satisfacción maligna, aun sabiendo que ella no se inmutaría por la insinuación. De hecho, transcurrieron unos segundos antes de que se percatara de a quién se refería.

—¿Filipo? No —replicó la reina Eurídice, meneando la cabeza, casi entristecida, como admitiendo un fracaso—. Aunque más te valdría que se la rompiese.

—No es más que un niño. No me inquieta.

—Pues debería inquietarte.

Le sonrió y, aun a la tenue luz de la lamparilla de aceite, advirtió él el desdén en su sonrisa; era su amante y detestaba al jovencísimo Filipo a pesar de que era su propio hijo y, al llevar su sangre, de condición igual a todos los Tolomeos que en Macedonia habían

sido. Tenía aquel rencor clavado en el alma y era una pasión casi más fuerte que el amor.

—Te matará —dijo convencida, dejando de sonreír—. Alejandro tiene valor pero es vanidoso. A Alejandro puedes engañarle; y yo puedo tener a raya a Pérdicas. Pero Filipo... Cuando te dispongas a cometer la traición, no olvides a Filipo en ningún momento.

—El rey es viejo y está enfermo y no alcanzará al invierno. Cuando muera no quedará más que Alejandro, que me considera amigo suyo y confía en mí. Pérdicas y Filipo son niños.

—Lo dices como si los niños no se hicieran hombres.

—Algunos no.

—¿Es que piensas matar a mis hijos? —inquirió ella con cierto tono de regocijo—. ¿Para proclamarte rey? Es la asamblea de nobles quien elige al rey. ¿Qué dirían si te vieran las manos manchadas con la sangre de los príncipes?

Dicho lo cual, se encogió de hombros, que los tenía desnudos, y llevó, con gesto indiferente, la copa de vino a sus labios.

—Lo que deseas es el poder y lo tendrás. Yo me ocuparé de que tu reinado sea grande. Pero si quieres vivir para disfrutar del poder, manten con prudencia tu ambición... por tu bien, ya que no por el mío, pues sé lo poco que significo para ti. Y no vuelvas a insinuar ningún mal para mis hijos.

Al ver que él tenía la copa vacía, se la llenó y le besó en los labios con la más abyecta ternura.

—Pero ten cuidado con Filipo. No cometas el error de pensar que porque no es más que un niño deja de ser el peor enemigo.

Tolomeo sabía que era cierto. Notaba la certeza por aquel pavor que le atenazaba el vientre.

—Puede romperse la crisma —dijo finalmente—. Aún se la puede romper. Hay caballos que no acaban de quedar bien domados y aguardan su momento para matar.

Pero Filipo no abrigaba tales recelos. Tenía un estupendo caballo nuevo y estaba en el umbral de la madurez. Ninguna de las dos cosas le atemorizaban, y la vida aún no le había enseñado a abrigar otras esperanzas. El rey y su madre eran figuras distantes y a su primo Tolomeo apenas le conocía. Su familia afectiva la formaban Glaukón y Alcmena, que habían hecho de padres, Alejandro, Pérdicas y su hermanastro Arrideo, su mejor amigo.

Así, días más tarde, fue a Arrideo a quien contó su más reciente hazaña. Había entrenado al corcel, al que había puesto el nombre de «Alastor», a responder a la presión de las rodillas además del freno.

—¿Ves? —dijo Filipino, casi gritando entusiasmado, en el momento en que el magnífico caballo negro iniciaba un lento paso hacia la izquierda—. Muy pronto habrá aprendido a hacer lo mismo al galope y entonces tendré las manos libres en todo momento, aun durante una carga.

Arrideo se echó a reír.

—Menos mal que nunca serás rey —dijo—. Te gusta tanto la guerra, que tu reinado sería un constante baño de sangre.

Pero Filipino no parecía escucharle. Desmontó hábilmente del caballo, golpeando con fuerza el suelo con sus pies desnudos, decidido a quedar clavado donde había caído.

—¿Quieres probarlo?

Arrideo se contentó con menear la cabeza, cruzando sus largos brazos por el cuello de su caballo castrado moteado. Tenía dos años más que Filipino, pero era de natural más cauteloso, como correspondía a un hijo de la segunda esposa del rey.

—El animal sabe que ha encontrado en ti la horma de su zapato, pero dicen que es un demonio y ¿quién sabe si con otro jinete trataría de vengarse? —dijo, encogiendo sus huesudos hombros que marcaron dos puntos prominentes—. Alastor..., creo que le has puesto el nombre del dios más malvado y cruel. ¿Es que pretendes tenernos constantemente atemorizados?

Filipo puso su mano en el cuello del corcel como para demostrar lo manso que era.

—No seas cobarde —dijo—. Pruébalo. ¿No ves? Es más manso que un buey.

—Estoy muy a gusto con éste y no tengo ganas de morir bajo los cascos de esa fiera negra.

Se echaron los dos a reír y Filipino se asió a las crines del corcel y montó de un salto.

—Vamos a echar una carrera de ida y vuelta al río —gritó, con el caballo ya nervioso.

—No vale la pena. Este rocín jadea como un fuelle en cuanto pasa del trote.

—Pues vamos a cazar.

Pero aquel año había poca caza en Pela, y la poca que había se

había puesto a buen recaudo de los hombres a caballo. Así, los dos príncipes tuvieron que renunciar a sus propósitos y no pudieron usar sus jabalinas más que para el tiro al blanco. Cabalgaron buen rato por las llanuras al norte de la ciudad, persiguiendo en ocasiones algún jabalí que surgía de pronto fuera de su alcance y que con igual celeridad desaparecía por un barranco; otras veces fingían entablar combate con un enemigo imaginario, disfrutando despreocupadamente como es propio de muchachos que no aspiran más que a crecer con júbilo para hacerse hombres.

Finalmente, cuando sus sombras comenzaban a alargarse sobre la hierba amarilla, volvieron las grupas para encaminarse hacia los edificios de la capital del rey, que formaban una línea quebrada en el horizonte. Ya era casi de noche cuando dejaron los caballos en manos de los mozos de las cuadras reales.

—Tengo hambre —dijo Filippo, como si lo descubriera sorprendido—. Esperemos que Alcmena nos haya dejado algo de cenar.

Y claro que Alcmena, que era una mujer que no dejaba nada al albur, les había guardado cena. Se sentaron ante la mesa de madera en la cocina y ella les llenó los cuencos con un estofado tan succulento que les habría llenado simplemente con haberlo olido inclinados sobre el cálido aroma que desprendía.

Mientras comían, Alcmena no cesó de reprender a Filippo por llegar tarde, por arriesgar la vida «en ese animal horroroso», por no haberse llevado nada de comer, por lo descuidado que era en todo, sin dejar de llamarle en todo momento «príncipe» y «señor». Tendría treinta años y era una mujer regordeta y maternal con ojos azul claro de mirada angustiada, como de quien hace mucho que se ha resignado a la esterilidad. Filippo era el ídolo en quien depositaba el cariño que no podía dar a unos hijos propios.

Filippo, por su parte, no contestaba ni apenas escuchaba. Las quejas de Alcmena resonaban en sus oídos de toda la vida y eran como caricias de mujer. Se limitó a comer y hacer bromas a Arrideo.

—¿Y Glaukón? —preguntó de pronto.

—Atendiendo los asuntos de su señor, como buen servidor —contestó ella, casi en tono acusador. Quería a Filippo más que a nadie, pero su marido era para ella un compendio de todas las virtudes. Si un príncipe no era capaz de seguir el ejemplo del primer servidor del rey, peor para él—. Me envió un paje hará cosa de una hora. No dejaré de contarte lo que ha hecho cuando regrese.

—Claro.

Filipo sonrió a Arrideo, partió un trozo de pan y se encogió de hombros. Casi todo lo que sabía de la vida en la corte de su padre lo había aprendido escuchando a Glaukón. No había ningún tema que acuciase su interés en particular, pues para un muchacho de su edad la guerra era la única materia estatal de verdadero interés, o, al menos, de interés para el muchacho que era el príncipe Filipo de Macedonia, y en los últimos años el reino estaba en paz.

No obstante, casi contra su voluntad, lo había asimilado todo, los cotilleos de la cocina, las intrigas y las rivalidades, todo lo que Glaukón consideraba que debía contarle, y había pocos secretos que no llegasen a oídos del mayordomo del rey. Como consecuencia, Filipo veía a los hombres y mujeres que rodeaban al rey no como se veían ellos mismos, sino como se mostraban ante un servidor inteligente. Y no era cínico, pues el cinismo implica la esperanza en algo mejor, y Filipo no esperaba nada. Simplemente, aquellos poderosos gobernantes no le parecían tan grandes.

Poco después se abrió la puerta. Era Glaukón. Nada más posar la mirada en Filipo, frunció el ceño, tal como lo había fruncido cuando cierta vez sorprendió al príncipe menor de Macedonia robando manzanas de la despensa de Alcmena: con un sesgo de amargura.

—Te reclaman —dijo con voz monocorde—. Y a mi señor Arrideo también. Tu padre el rey se muere.

Aquella frase fue para Filipo casi como una sacudida: «Tu padre el rey se muere». Pero una sacudida de simple sorpresa, pues no sentía que el hecho le concerniera. Todos los buenos macedonios amaban a su rey, y él era un buen macedonio, pero que el rey fuese su padre no significaba nada. ¿Qué era un padre al fin y al cabo? Algo irremisiblemente lejano; como un rey.

—Pues vamos.

Le desconcertó un tanto oír su propia voz y le pareció que era de otro. Mientras se dirigían al recinto de palacio, Glaukón les dijo lo que había sucedido.

—Mi señor Amintas ha sufrido una apoplejía inesperada que le ha fulminado, y tiene paralizada la mitad izquierda del cuerpo. Apenas habla en un susurro, pero conserva sus facultades. Nicómaco no cree que viva más de unas horas. Ha mandado llamar a su hijo.

—Se trata de Alejandro —terció Filipo, con el tono de voz de quien dice una evidencia—. Querrá ver a su heredero.

—No se refería a Alejandro.

Glaukón se mostraba turbado por algo. Aunque la noche era cálida, se arropó con la capa y apretó el paso. Estaba claro que no pensaba explicarse.

Cuando llegaron a la antecámara de los aposentos del rey, el mayordomo se detuvo ante una gran puerta de roble.

—Pasad —dijo—. Pasad los dos, que yo aguardaré aquí. Un rey es un hombre como otro cualquiera y su muerte es asunto de su familia. Ahí dentro no tiene por qué haber sirvientes.

Filipo y Arrideo intercambiaron una mirada. Les resultaba extraño entrar allí, pues ninguno de los dos conocía el dormitorio del rey.

La puerta se abrió sin ruido y los dos muchachos la franquearon. Era un dormitorio curiosamente pequeño y más pequeño parecía aún por las personas que lo llenaban. Nadie dijo nada ni levantó la vista para ver quién había entrado, pues todos estaban en vilo pendientes del moribundo.

Al principio, Filipo pensó que el rey ya había muerto al verlo tan inmóvil. Parecía viejísimo, que es como se imagina uno a los muertos. Una manta le cubría hasta la cintura, y sus manos, estiradas a los costados, estaban blancas como la cera. Tenía los ojos cerrados y no se le notaba la respiración. En ese momento abrió los ojos.

Miró en derredor, contemplando perplejo los rostros de los que rodeaban el lecho como si su presencia fuese una prueba más de que se estaba muriendo y como si no recordase bien quiénes eran: sus hijos, destacando entre ellos Alejandro, con su hermoso semblante fruncido por la cólera, como en guardia ante una decepción; las dos esposas del rey, con gesto de aves de presa; el primo Tolomeo, con rostro grave de circunstancias; y hasta el primo Pausanias, hijo también de rey y último de su linaje, que daba la impresión de estar más aterrado por la muerte que el propio moribundo. La casa de los argéadas en pleno. El único ajeno a la familia era el físico Nicómaco.

La mirada del rey se detuvo en su hijo más pequeño. Ahora, Filipo sentía miedo. No osaba apartar la vista, pues los ojos de su padre se clavaban en los suyos como si estuvieran los dos solos.

Finalmente, Amintas, rey de Macedonia, abrió la boca para hablar, pero el sonido de su voz fue inaudible aun en aquella quietud. No había podido soportar el esfuerzo, y Nicómaco le acercó una copa de vino a los labios, pero él meneó la cabeza. Luego, hizo un débil movimiento con los dedos de la mano derecha, un gesto de requerimiento. No había apartado los ojos de Filipo.

Filipo se acercó al lecho y se arrodilló junto a su padre, cubriendo la pálida mano con la suya. El moribundo hizo acopio de sus últimas energías.

—A veces —dijo en un susurro apenas audible—, a veces, antes de cortar la respiración a los mortales, los dioses revelan su voluntad, tal vez para que se den cuenta de qué locura ha sido su vida.

Cerró los ojos un instante, dando la impresión de que el esfuerzo para proferir esas palabras había sido ímprobo, y volvió a abrirlos, removiéndole la mano bajo la de Filipino, cual si quisiera asársela.

—Filipo, hijo mío, un rey lleva una carga...

Pero era demasiado tarde. La frase quedó sin terminar en su último suspiro. Inmediatamente, su rostro experimentó un cambio indefinible.

Nicómaco alargó la mano y le palpó el cuello en un lado.

—Ha muerto —musitó el físico, aunque sus palabras sonaron como un aldabonazo—. ¿Qué ha dicho, príncipe?

—Nada —contestó Filipino, alzando los ojos llenos de lágrimas.